

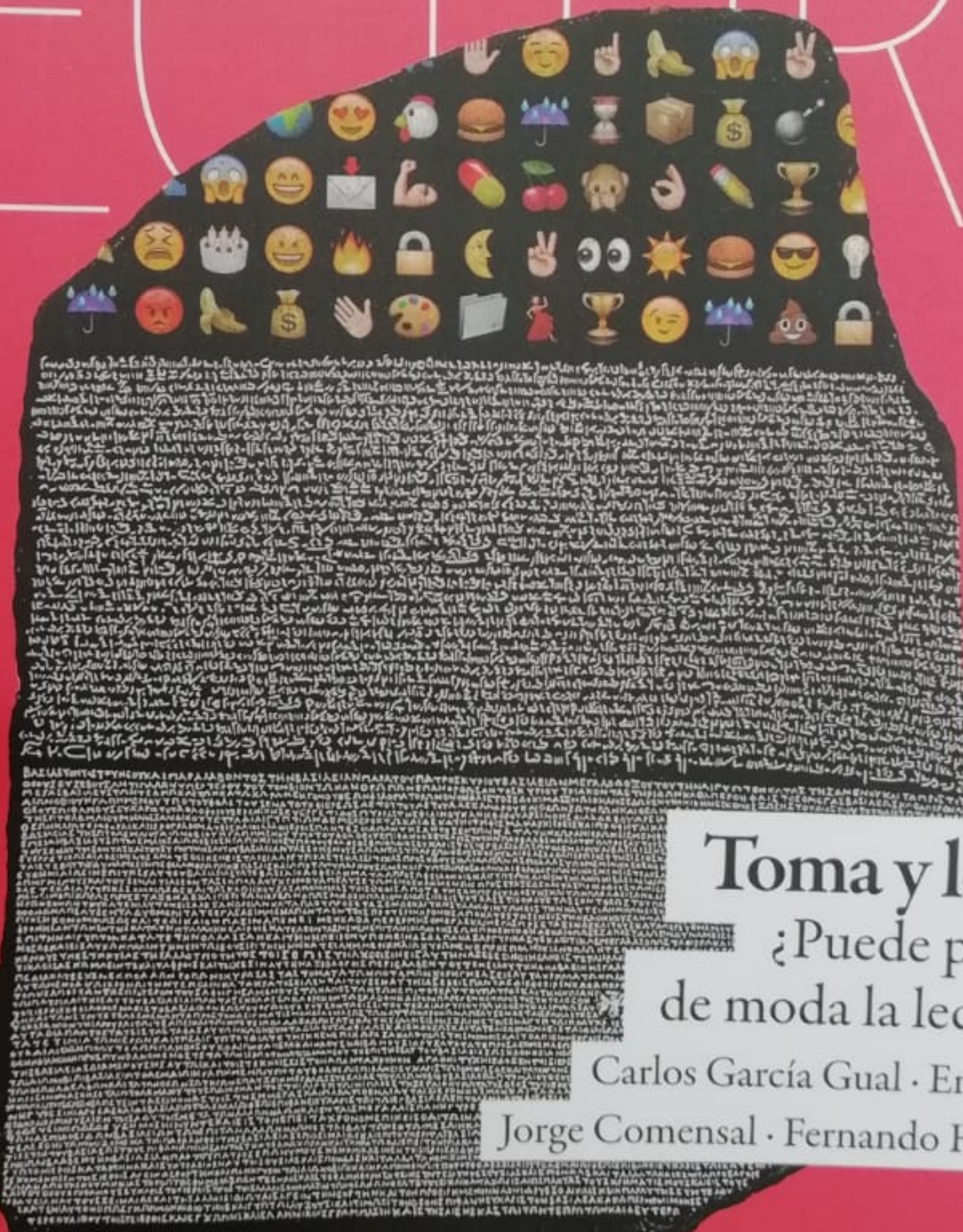
FUNDADA POR JAVIER PRADERA · DIRIGIDA POR FERNANDO SAVATER

CLAVES

de Razón Práctica — Número 259 — Julio / Agosto 2018 — 8 euros



LECTURA



Toma y lee
¿Puede pasar
de moda la lectura?

Carlos García Gual · Emilio Pascual
Jorge Comensal · Fernando Hoyos

Política Rogelio Alonso · Jesús Casquete Ensayo Manuel Sanchis i Marco
Juan Malpartida · Alberto Ciria · Libros César Pérez Gracia · Antonio Lastra
Semblanzas Italo Calvino Casa De Citas Chateaubriand

EL ÁNGEL DADÁ: LA RECUPERACIÓN DE UNA ARTISTA DE VANGUARDIA

Esta novela gráfica recorre el ambiente artístico europeo de principios del siglo xx a través de la figura de Emmy Ball-Hennings, impulsora de diferentes iniciativas de las vanguardias.

GERARDO VILCHES

Fernando González Viñas & José Lázaro, *El ángel dadá: aventuras y desventuras de Emmy Ball-Hennings, creadora del Cabaret Voltaire*, El Paseo, Sevilla 2017.

El ambiente cultural que se desarrolló en Europa en los comienzos del siglo xx ha sido objeto de múltiples estudios y fuente de inspiración para artistas posteriores. Aquella Europa de nacionalismos enfervorecidos, ambiente prebélico y crisis de valores alumbró las vanguardias pictóricas y literarias, que buscaban, precisamente, socavar los cimientos de aquel orden social y crear una humanidad y un mundo nuevos. De su fracaso fue prueba la Segunda

Guerra Mundial, pero su recuerdo ha persistido. Aquellos cafés, aquellas librerías, aquellos teatros donde la flor y nata del arte marginal se reunía para alumbrar obras nuevas, construidas con nuevos lenguajes, se han convertido en mitos de *la bohème* para el imaginario colectivo, que recurre a la estética y a las anécdotas de aquellos ambientes cuando necesita buscar inspiración de un arte pasado si no mejor, al menos más libre a nuestros ojos actuales.

El arte de vanguardia de aquel periodo ha sido la materia prima para varios cómics españoles recientes, que, desde la irrupción de la novela gráfica como un nuevo cómic adulto sin limitaciones temáticas o genéricas, han sabido encontrar historias interesantes sumergiéndose en aquella época. Quizás el caso más conocido es *Dublinés* (Astiberri, 2011) de Alfonso Zapico, una biografía de James Joyce, pero también puede mencionarse *La vida* (Astiberri, 2016) de Tyto Alba, donde se describen los viajes al París de principios de siglo por parte de unos jóvenes Picasso y Casagemas. El ambiente de la residencia de estudiantes y el grupo formado por Buñuel, Dalí, Bello y Lorca, lo más cercano a las vanguardias europeas que pudimos tener en España, se ha revisitado desde el onirismo semidocumental en *Buñuel en el laberinto de las tortugas* (Astiberri, 2008) y desde la ficción de aventuras en *Los caballeros de la orden de Toledo* (Arian, 2017).

El ángel dadá: venturas y desventuras de Emmy Ball-Hennings, creadora del Cabaret Voltaire se adscribe, más bien, al camino que transitaba *Dublinés*, en cuanto que plantea una biografía documentada y ortodoxa del personaje escogido, sin veleidades ficcionales ni excesivas especulaciones. El escritor y traductor Fernando González Viñas y el dibujante José Lázaro, quienes ya colaboraron en *El último yeyé* (Berenice, 2014), son los encargados de acometer la tarea de convertir en novela gráfica la trayectoria vital de Emmy Ball-Hennings, mujer clave en el nacimiento del dadaísmo.

El relato se plantea de un modo lineal, vertebrado por la voz en primera persona de la protagonista –lo que supone un interesante ejercicio de proyección por parte de González Viñas– y profuso en textos, con una intención si no didáctica, sí divulgativa. A la claridad

del discurso contribuye, sin duda, la labor de un José Lázaro que nunca quiere erigirse en protagonista. Se trata de un buen dibujante que se aleja aquí del registro un tanto caricaturesco de su anterior trabajo con el guionista, para moverse en uno más realista –aunque ajeno al encorsetamiento de la fidelidad fotográfica que en ocasiones encontramos en trabajos similares–, con cuidado por los detalles y evidentemente bien documentado. En su trazo expresivo, que recuerda a autores europeos de penúltima generación como Frederik Peeters, huye de la limpieza y recurre a texturas de lápiz y líneas irregulares, con lo que logra una ambientación cálida y una narración orgánica. Sorprende, sin embargo, el poco riesgo que asumen ambos autores en lo que respecta a los aspectos formales –y más si tenemos en cuenta que están acercándose a las vanguardias, donde todas las reglas eran demolidas en pro de la libertad creativa–: no hay ninguna solución narrativa atrevida, sino que, más bien, se mantiene un mismo tono neutro durante toda la extensión de la novela gráfica, de forma que el estilo está siempre por debajo de los hechos narrados.

Aunque en momentos puntuales esta cuestión pueda provocar cierta monotonía en la lectura, lo más cierto es que tampoco se cometen errores: en general, los recursos que se emplean funcionan perfectamente dentro de ese tono neutro que se ha escogido. Es así en lo que respecta a la manera en la que Lázaro evita dibujar los fondos y se centra en las figuras humanas, una elección frecuente en las últimas corrientes del cómic contemporáneo, que huyen de la representación naturalista de la realidad para interesarse por una más subjetiva, de mayor calado psicológico, como sucede, por ejemplo, en las obras recientes de Emmanuel Guibert (*La infancia de Alan*, Sins Entido, 2013). Este recurso también genera amplios espacios en blanco, lo que, junto a la ausencia de marcos de viñeta, oxigena las composiciones de página y compensa la preeminencia de los cartuchos de texto.

Se incluyen, como uno de los pocos elementos llamativos, si bien escasamente novedoso en el medio, diversas citas a diferentes obras artísticas, que se integran con los acontecimientos narrados. Así, puede

rastrear la presencia de creaciones como *El beso* de Gustav Klimt (pág. 18), *El grito* de Edvard Munch (pág. 18) o *La fuente* de Marcel Duchamp (pág. 199).

La vida y la obra

Todo esto evidencia que se quiere poner en el centro de la obra la biografía de Ball-Hennings, como demuestran esta preocupación por la legibilidad y la falta de ambición formal. Pero, si bien en este aspecto la novela gráfica se muestra algo pobre –o, cuando menos, excesivamente plana–, los hechos narrados mantienen el interés de la lectura en todo momento.

González Viñas ha traducido varias obras de Hugo Ball al castellano, es buen conocedor de la época y lo demuestra en las páginas de *El ángel dadá*. Al optar por emular la voz de la propia Ball-Hennings impostando su subjetividad, está negando de alguna forma la pretensión de objetividad en el relato. Pero, al mismo tiempo, al ocultarse ambos autores tras el discurso en primera persona, podrían quedar invisibilizadas ciertas decisiones que, por supuesto, son igualmente subjetivas y marcan el conjunto. El guión obliga a la biografiada a detenerse más en algunas partes de su vida, o a pasar por alto otras. Sí existe un deseo claro de mostrar sus orígenes humildes, su salida del hogar familiar, su primer matrimonio o el nacimiento de su hija: sucesos todos ellos que conforman un poso social sin el que no se entendería el resto de la trayectoria vital del personaje. Parece que fue su habilidad natural para el canto lo que la condujo al mundo del espectáculo, en el que fue pasando de un ambiente a otro viajando por Europa, un escenario en el que, antes de la Gran Guerra, era posible moverse con cierta libertad. Los abusos de ciertos jefes conducen a Emmy a una situación de desamparo, lo que la decide a prostituirse para ganarse la vida. No hay en este aspecto, como tampoco en la adicción a la morfina de la protagonista, una posición moralista por parte de los autores de la novela gráfica. Muy al contrario, se ha realizado un ejercicio de inmersión en la época que permite que los lectores entiendan y contextualicen estas y otras cuestiones que, a los ojos actuales, podrían resultar extrañas o reprobables: sirva como

ejemplo el abandono de su hija por parte de Ball-Hennings, que solo volverá a tener contacto con ella cuando alcance la edad adulta.

Será en 1909 y en Colonia cuando Emmy conozca a John Höxter, quien la iniciará en la poesía y en la morfina, indisolublemente unidas para una mujer que, a partir de entonces, conocerá a la mayor parte de personalidades del expresionismo primero y de las vanguardias más radicales después. El retrato que dibujan González Viñas y Lázaro muestra a una artista multidisciplinar que, poco a poco, va tomando conciencia de su propio papel en todo lo que está sucediendo. Aunque, en realidad, hay mucho de improvisación y de pura supervivencia en todas las decisiones que toma. Se muestra, asimismo, una escena vanguardista emergente y llena de creatividad, pero también sometida a las necesidades económicas y los conflictos personales de sus integrantes. Las guerras, las enfermedades y la violencia de la época hizo que muchos de ellos murieran prematuramente, como recuerda la voz narradora cuando, a propósito del pintor Rudolf Reinhold Junghass, asegura: “[fue] uno de los pocos que conocí aquellos años que logró morir de viejo” (pág. 98). La figura de Emmy Ball-Hennings es para entonces tan ambigua y contradictoria como puede esperarse de alguien que ha vivido tanto: a veces da la sensación de que el arte carece de cualquier importancia, pero otras es lo único a lo que se agarra para no caer. También sorprende su fervor religioso y su afición a pasar largos ratos en las iglesias; su pertenencia a una escena fundamentalmente izquierdista y anticlerical podría hacer pensar que es incompatible con tal afición, pero, en realidad, la espiritualidad y la trascendencia de lo carnal son cuestiones muy presentes en las vanguardias, si bien no discurren por los ortodoxos canales de las iglesias oficiales.

Un buen ejemplo de ello es la figura de Hugo Ball, a quien Emmy conoce en 1914. Su relación marca el resto del relato del cómic, con especial énfasis en los meses en los que, junto a Tristan Tzara, ponen en marcha el *Cabaret Voltaire* y alumbran el dadaísmo. Tras la experiencia, a pesar de poder considerarse ya una mujer madura, su vida prosigue entre sobresaltos: estancias en la cárcel, intentos de suicidio... La persecución de artistas en toda Europa anuncia una enfermedad social

que alcanza su metástasis en la Primera Guerra Mundial, conflicto que Ball-Hennings vive junto a Hugo en la neutral Suiza, en compañía de Herman Hesse. El autor de *El lobo estepario* es quizás la última figura artística de relevancia en la vida de Emmy; tras la muerte de Hugo Ball, la poeta dedicó sus años a que no se olvidara su legado literario. “Dediqué los veinte años de vida que me quedaban a serle a Ball todo lo fiel que no le fui cuando vivía” (pág. 228); tras esa pérdida, los autores deciden concluir la obra con tan solo cuatro páginas que contienen una reflexión final y una despedida para la protagonista.

¿Musa o artista?

Resulta realmente interesante una cuestión que sobrevuela la obra en todas sus páginas. A menudo, Emmy Ball-Hennings ha sido considerada una musa de artistas varones. El concepto de musa ha estado presente en la historia desde la antigüedad, y responde a una visión del arte evidentemente masculina y patriarcal, que reserva un rol pasivo para las mujeres, bien como inspiradoras, bien como representadas en las obras. Resulta significativo que Ball-Hennings tuviera un papel tan activo en la configuración del dadaísmo y otros movimientos de vanguardia, pero sea tan complicado leer sus obras: en castellano, de hecho, siguen inéditas. *El ángel dadá* seguramente contribuya a hacer justicia a la trayectoria y trabajos de una artista demasiado olvidada, cuya apasionante vida es también reflejo de una época convulsa, de cambios sociales y culturales, donde las vanguardias florecieron como efímeras explosiones cuyas ondas expansivas, sin embargo, llegan a nuestros días. 🐼

GERARDO VILCHES ES DOCTOR EN HISTORIA, PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD EUROPEA DE MADRID Y CRÍTICO DE CÓMICS. AUTOR DE BREVE HISTORIA DEL CÓMIC Y EL GUIÓN DE CÓMIC Y COORDINADOR DE DEL BOOM AL CRACK: LA EXPLOSIÓN DEL CÓMIC ADULTO EN ESPAÑA (1977-1995).